

Café de por medio

Ay, Claudia ¿Qué es lo que estarás diciendo? Tus expresiones exageradas y tu maquillaje corrido me hacen espantarme. Tus movimientos de brazos demuestran una maravillosa historia, pero no creo que lo sea. Tus ojos se llenan de lágrimas y se vacían cada cinco minutos. Puedo calcular que lo que me contás es algo triste, pero tal vez solo estés emocionada. Respiraste diez segundos para pegarle un sorbo a tu café, el cual agarraste con mucha firmeza. Quise decirte que te había quedado algo de espuma en el labio, pero al segundo te lo sa- caste con el dedo y comenzaste a hablar de nuevo. No me dejaste ni siquiera intentar cortar tus palabras. Voy a seguir tomando mi submarino, total vos no paras más. Ahora sí, cambiaste de tema, porque tu

ceño se frunció. Creo que estoy demasiado pendiente de tus gestos así que voy a mirar para otro lado, a ver qué pasa afuera...

— ¿Me estás escuchando, Mario?

Uy no, está creyendo que no la escuché, cuando es obvio que no lo hice. Tengo que pensar una buena frase de remate antes de que me siga mirando con cara acusadora. Tranquilo... Algo se me va a ocurrir... Ahora... O en cinco segundos... O tal vez nunca y quede re mal. No importa, lo primero que salga de mi mente:

— Sí Claudia, te estoy escuchando. Pero te veo tan entusiasmada con tu charla que no te podía cortar. Te juro que me inspirás a escucharte cada vez más.

Soy un genio, sí señor.

—Mirá vos... Entonces, recién
¿Qué pregunta te hice?

¿Pregunta? Pero si hablabas como una condenada, querida. No hiciste ninguna pregunta. Es una trampa, seguro que lo es y quiere usarla para atraparme.

—No preguntaste nada ¿De qué hablas?

—Mmm... Bien. Te agradezco que me escuches, creí que no lo estabas haciendo, la gente suele decirme que la aburro.

Sí, creíste bien, pero mejor no te lo digo y me río como si fuera un chiste. Ahora sí puedo seguir ahogado en mis pensamientos ya que vas a seguir hablando, por supuesto, y pensando que te escucho... Como muchas tantas personas en este

mismo café creen lo mismo, que su acompañante lo escucha, pero en realidad no ven la hora de salir corriendo. Miran sus relojes, echan pequeños bostezos y algunos sostienen su cabeza con la palma de su mano para aguantar la agobiante cita, entrevista o encuentro. Lo más probable es que esta persona recuerde que tiene otro compromiso después, así que la hora del café termina. Ambos se van a su casa, casi diría que felices. Una persona pensando en que la tortura terminó, y la otra en que habrá otro encuentro. Por supuesto que esto último no termina ocurriendo y la magia se acaba en ese único café tomado.

Lo raro del asunto, de mi asunto, es que Claudia no me pidió de vernos de nuevo, es más dijo que en las próximas semanas estaría muy ocupada con su trabajo, el cual no recuerdo cual era... ¡Ah! Y hasta

que se iría de viaje a no sé dónde, ni tampoco entendí con quién, pero que lo lamentaba mucho por mí ya que no habría próximo café por un largo tiempo. Buenísimo pensé para mí mismo, pero una extraña sensación se apoderó de mi pecho, algo muy parecido a ser rechazado. Me indigné por completo al darme cuenta de que no quería volver a verme ¡A mí! Que había perdido dos de mis valiosas horas por estar con ella... ¡No podía ser! Yo en todo caso debía ser el que la rechazara por ser tan aburrida y sin embargo ella estaba desinteresada en mí. Un hombre tan atento y simpático como yo no podía aguantar algo así, por eso le respondí:

—Mirá Claudia, no vamos a andar con vueltas. Yo no quiero volver a verte y vos a mí tampoco. Vamos a dejarlo en

claro y dejemos este día como un recuerdo más, sin tantas excusas ni cosas absurdas.

—Estoy de acuerdo, Mario... Sobre todo porque si hubieras prestado atención desde el primer minuto en que hablamos sabrías que en realidad yo no soy Claudia, sino Mabel... Y venía a una cita con Gustavo y no con vos.